

LA CUSTODIA DEL CORAZÓN³⁵

1. “No te preocupes por la sombra de un gran nombre, ni por la familiaridad de muchos, ni por la amistad particular de los hombres. Pues todo esto engendra distracciones y gran perplejidad en el corazón. De buena gana te hablaría y te descubriría mis secretos si esperases atento mi llegada y me abrieses la puerta de tu corazón. Sé cauteloso, vigila el corazón y humíllate en todas las cosas” (*Imitación de Cristo* [IC], Libro III. 24, 2).

Así habla Jesús al alma que, en medio de los zigzagueos de sus búsquedas, aún se siente indecisa y tentada por “los breves y vanos consuelos humanos” (*Ibid.* 16,2).

Si no bastase sólo el buen sentido, la Espiritualidad encontraría en una máxima de Salomón el consejo inspirador para una de sus normas ascéticas conocida como “custodia cordis”: “Por encima de todo cuidado, guarda tu corazón –dice el libro de los *Proverbios*– porque de él brotan las fuentes de la vida” (4,23). La custodia del corazón es uno de los temas clásicos de la Espiritualidad; está estrechamente ligada a la guarda de los pensamientos, de la imaginación, de los ojos y de los sentidos.

¿Pero por qué custodiar el corazón? ¿Qué pensaron los Maestros espirituales cuando trazaron las líneas de su doctrina? Intentemos algunas reflexiones en torno a este tema.

No sólo un gran número de las desdichas, sino todas, sobrevienen por este hecho simple y fundamental: la persona no quiere servir a la vida, sino usufructuarla. Se vuelve entonces neuróticamente hacia una realidad y situaciones que en vano intenta, sin éxito, domesticar. Se olvida la persona que no es señora de la existencia, sino agraciado fruto de un milagro inmerecido. Al olvidarse de esto, se entroniza en altares a la espera de que el mundo doble sus rodillas ante los sueños de sus ambiciones que, infelizmente, tienen pies de barro. Cuando esto no acontece, lucha fatigosamente, circunvala la felicidad por todos sus flancos, busca alguna promoción, algún momento fugaz de gloria que después será trabajado en el recuerdo y analizado vanidosamente.

Esto no sólo sucede en el así llamado mundo de los hombres sino también en el mundo de Dios. ¡Lamentablemente! Y siempre fue así. Esta insensatez no es sólo cizaña de nuestro tiempo. Frente a esto, nos preguntamos un tanto confusamente: ¿Tan ciegos somos, hasta el punto de no discernir el error óptico de semejante extravío? ¿No es común encontramos con personas no felices que ya hicieron, con frustrantes resultados, la experiencia de la casa construida sobre la arena de estos sueños y ambiciones? Y sin embargo, si comprendemos que ellos se equivocaron y recogieron los frutos amargos de estas tentativas ¿por qué, reiteradamente volvemos a pervertirnos, adentrándonos por caminos que no llevan a los tesoros de Dios? ¿Será inevitable este extravío? ¿Es el hombre una víctima impotente de las pulsiones inconscientes de su psiquismo irremediabilmente enfermo? ¿O, quizás, haciéndole el juego a la facilidad, solamente prefiere entrar “en la onda” y zozobrar después consoladoramente sin sentimiento de culpa, como zozobra todo el mundo? Las tentaciones, es verdad, tienen mucho de atrayente, pero también de insensatez. El Antiguo Testamento llama duramente a este camino, “insensatez” e “injusticia”, y el Nuevo, “locura”. ¿Por qué equivocadamente eligen los hombres ser insensatos, locos? ¿Por qué construyen incluso teorías para convencerse mejor de que sus locuras no son tan insensatas? ¿Por qué arman un mundo mágico para dorar la propia desgracia?

Damos fe de que estas preguntas, a la par del amor de Dios, son el gran asunto y preocupación de los libros bíblicos. Los escritores sagrados parecen quedarse sin palabras frente a la dureza del corazón humano que no quiere aceptar los caminos justos y sensatos de Dios.

³⁵ De *Grande Sinal*, marzo 1978. Tradujo: Hna. María Cándida Cymbalista, osb. Santa Escolástica.

2. En el centro de este mundo y del mundo de Dios, está el corazón. El corazón es la sede de toda la vida humana, de sus decisiones morales y de su sensibilidad (o embotamiento) espiritual. Él es la persona misma. Allí la vida borbotea al compás de sus latidos. Pero el corazón, como la vida, no es fácil y simple. Tiene mil subterfugios, medios tonos y medias medidas. No solamente es la sala de la última Cena, sino que también conoce infinidad de laberintos para realizar despistes maquiavélicos.

Tratar de desconocer sus artimañas o hacer poco caso de su complejidad, como a veces se pretende en nombre de un optimismo bien intencionado pero ingenuo, equivale a entregar al enemigo, en bandeja, este lugar reservado de nuestra intimidad. Manzoni, autor de *“I Promessi Sposi”*, habla acertadamente del *“guazzabuglio del cuore umano”* (de la confusión del corazón humano) y el Salmista, frente a su flaqueza, pide a Dios que le dé un *“corazón puro”* y renueve en él un *“espíritu de firmeza”* (*Sal 50,12*).

El corazón es, simbólicamente, el centro de convergencia y unificación del ser humano. De allí la necesidad de custodiarlo pues, como dice el autor espiritual italiano M. M. di San Giuseppe, caída esta ciudadela, nuestra plaza fuerte se transforma en salón de fiesta donde los enemigos festejan su carnaval.

3. La custodia del corazón, como toda la ascesis cristiana, no es una operación *“a se stante”*, con una finalidad propia, restringida a los límites de sí misma. Ella se ultrapasa, tiene un objetivo que le da un alma. Todas las técnicas y ejercicios ascéticos cristianos son personalizados, es decir, se trascienden, reciben su carácter e identidad no sólo de la persona que los practica, sino además de la gracia de la persona por quien son realizados. Así, la custodia del corazón, más que concentrar al asceta en su esfuerzo, lo remite a su *“Amado”*. En caso contrario, la ascesis cristiana favorecería un fariseísmo autojustificante y perfeccionista.

Entendemos así, por qué toda la Espiritualidad corre por los rieles de una doble convicción: la santidad de Dios y el estado originariamente pecaminoso del hombre. La figura de Isaías, postrado en el Templo, lleno de humo, cuyas puertas se estremecen, y clamando: *“¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!”*, y la de Moisés ante la zarza ardiente, descalzándose las sandalias, símbolo de su impureza, son las formas más elocuentes que ha encontrado la religiosidad bíblica para expresar la convicción de estos dos extremos a que nos referimos.

Es verdad que la visión bíblica no deja al hombre desesperado en los meandros de su pecado, sino que lo hace imagen y semejanza de Dios, dando a sus límites los horizontes infinitos del Creador. Por otro lado. Dios tampoco vive enredado en su santidad, sino que la fe bíblica cree, como punto fundamental de su Credo, en el milagro de la encarnación: Dios asume la fragilidad de la carne humana. Y confiesa que lo que aconteció históricamente una vez, se hace simiente viva y constante de inmortalidad para cuantos se dejan marcar por la sangre de su muerte redentora. Así podía afirmar hermosamente el Pseudo Dionisio Areopagita que *“la santidad de Dios se ofrece benignamente para formar, en aquellos que se convierten a Él, su divinidad”* (MG 3, 972 A).

Es de esta polarización bendita, intrínsecamente antitética y milagrosamente reconciliada, que nace el *“confiteor”* permanente del hombre y el gracioso *“Ven, amada mía”* de Dios. Los esfuerzos por parte del hombre para corresponder a los llamados divinos, buscan purificar sus caminos, simplificando su vida y custodiando su corazón siempre propenso a las flaquezas de la carne y a las tentaciones del poder.

4. Frente a este cuadro, veamos cómo se sitúan los Maestros espirituales. Ellos, más que sobre los actos externos insisten en la pureza de las intenciones y en la pacificación del corazón como criterio de salud espiritual. Ven en las acciones exteriores, en la agitación y en los resultados computables el peligro de las compensaciones engañosas. Por otra parte, de ninguna manera enseñan un quietismo alienante y egoísta, como si solamente importara *“salvar su propia alma”* al margen de la vida eclesial y del plan de Dios para los hombres. Pero temen que la persona encuentre en el mundo exterior, las consolaciones falaces que dificultan la intimidad con Dios. Por eso aconsejan que se vuelva siempre al

corazón, para escrutarlo con atención pero sin ansiedad, para guardarlo pura y serenamente en la expectativa de la visita del Divino Huésped de las almas.

Según ellos, los demonios intentan ganar y confundir, con sutiles tentaciones y argumentos lógicos, esta fuente última que engloba toda la personalidad: por eso estimulan el amor propio, la vanidad, el orgullo, las variadas concupiscencias; pintan a Dios como padre y amigo, siempre pronto a perdonar y a no dejar que se pierda ninguna de Sus criaturas. El demonio realmente es un eximio teólogo y podría ser el titular de cualquier cátedra en el campo de las ciencias religiosas...

Contra semejante tipo de seducción, los Maestros espirituales predicán la custodia del corazón y la búsqueda de una virginidad que excluye el connubio falaz y fantasioso con el enemigo de Dios. Contra la soberbia de los éxitos proponen el camino de la humildad del corazón, tan bien expresado en la hora de su muerte por San Francisco de Asís cuando sus co-hermanos lo alababan por sus grandes acciones: “Hermanos, somos siervos inútiles. Hasta ahora no hemos hecho nada. ¡Vamos a comenzar!”. Idéntica respuesta, llena de buen humor, se encuentra en las palabras de aquel Padre del Desierto a quien se le presentó el demonio, aparentemente enviado por Dios para elogiar su santidad: “Tú –le retrucó él– debes haberte equivocado de dirección. No es a mí a quien has sido enviado”.

5. La soberbia, para ellos, es el vicio de los vicios, así como la humildad es la virtud de las virtudes. No una humildad que es fruto de la *acedia* y de un sentimiento de inferioridad. El verdadero hombre espiritual no se entrega a bostezos no comprometidos frente al sinsabor fastidioso de la rutina diaria. Sabe tener una vocación misionera y, como pastor, está pronto a dar su vida por su rebaño. Pero de este heroísmo no le nace un orgullo inflado que cobra sus derechos asegurándole posiciones. Haga lo que haga, tiene la íntima convicción de ser un “siervo inútil” que planta, riega y cultiva; sin embargo sólo Dios puede dar la fuerza de la vida. Por eso, tampoco se frustra frente a los aparentes fracasos, pues ellos, tanto como los éxitos, tienen su lugar en los caminos misteriosos de Dios.

El hombre espiritual sólo tiene un deseo: el de no tener otro deseo más que Dios. A Él entrega toda su vida y la paz le nace, entonces, como dice san Nilo (muerto alrededor del 430), de la liberación de todos los afectos. En esto la espiritualidad cristiana se encuentra con la experiencia budista. Según Buda, la segunda de las “cuatro verdades nobles” por él descubiertas, sería: “Toda tristeza nace del deseo”. Y la tercera: “Solamente podemos dejar de sufrir dejando de desear”, es decir, no dependiendo del carácter susceptible de los afectos. A nosotros, que estamos bombardeados por una mística del consumo, que se basa en una política de excitación desmedida de los deseos y que aumenta la tentación de tener y poder, esta filosofía puede parecer una insensatez. Pero el espíritu de las bienaventuranzas y el ejemplo de Cristo confirman esta postura. Él no nace en Jerusalén ni muere rodeado de honores reales. Pero es hecho Señor de los vivos y de los muertos cuando expira solo y abandonado, con el único deseo de la presencia del Padre. El hombre que se entrega a este proceso ascético, no se convierte por ello en un ser sin gracia, seco y alienado, como podría suponerse. Por el contrario, el testimonio de los grandes ascetas nos revela que cuando ya no deseaban nada más, cuando “ya no miraban más las cosas de la tierra”, según la expresión de San Gregorio Magno, estaban preparados para acoger a todas las criaturas, descubriendo en ellas la gracia que fluye pura desde su profundidad divina.

El hombre es –como dijimos– un eterno peregrino en busca de paz. Todas las propuestas de vida le prometen paz y seguridad. Pero ¿dónde encontrar esa paz? Es admirable la fineza psicológica con que la *Imitación de Cristo* analiza el corazón humano. Dice que son principalmente cuatro las actitudes que producen gran paz:

- 1) Hacer antes la voluntad ajena que la propia; 2) Preferir siempre tener menos que más; 3) Buscar siempre el último lugar y sujetarse a los otros; 4) Desear siempre y pedir que se cumpla la voluntad de Dios en la propia vida. En esos consejos aparece por demás evidente el carácter evangélico de la no-valoración. A fin de adquirir la paz, el hombre renuncia a cualquier derecho; se hace pobre, manso, desvalido, justo, misericordioso, o, en suma, fortifica en sí el espíritu de las bienaventuranzas. “El hombre que así procede, penetra en la región de la

paz y del descanso” (Libro III 23,3). En el corazón de este hombre, Dios puede reposar sin que su imagen se deforme.

6. Además de la humildad, los Maestros espirituales subrayan la virtud de la paciencia. La paciencia es la capacidad de soportar el ritmo de la vida, de respetar la complejidad (no la complicación innecesaria) de las cosas. La paciencia, por lo tanto, es el antídoto del poder eficiente con fórmulas maravillosas. Dios no trabaja en términos de eficiencia; antes bien, parece complacerse en la debilidad y en el despojamiento. Los Reyes Magos lo buscan en Jerusalén, y él descansa en la informalidad de un establo. Espiritualmente no es el hombre quien primariamente se conquista, pues esto podría tornarlo presuntuoso. Pico della Mirandola reconoce la gran dignidad humana, pero afirma que Dios le dejó solamente esta sujeción: que reconozca al autor de su vida.

Por eso es Dios quien lo cautiva. Vemos cuán verdadera es la súplica del profeta: “Conviértenos y nos convertiremos” (cf. *Jr* 31,18). A los hombres les resta esperar pacientemente el “día del Señor”, aun cuando deban permanecer 400 años bajo el yugo de los faraones de este mundo.

Dios no mide a las personas por la acumulación de sus méritos ni por la fama de su “gran nombre”, ni por la “familiaridad de muchos” ni por la “amistad particular de los hombres”. Todas estas “muletas” –como bien dice la IC– “generan distracciones y gran perplejidad en el corazón” (III 24,2). Dios quiere a la virgen prudente pacientemente preparada para el momento en que el novio llegue. Su hora no siempre es la nuestra y poco se adelanta intentando recordársela como los sacerdotes impacientes de Baal. La única riqueza que el hombre posee es el tiempo. En este tiempo Dios se esconde y se hace presente. Aquel que, sin desfallecer, persevera hasta el fin, ése, en la paciencia, “salvará su alma”.

7. Hay otras virtudes que los Maestros espirituales destacan insistiendo especialmente en la penitencia, que tendría como finalidad hacer sensible y dócil el corazón a los llamados de la presencia del Espíritu de Dios. Tal vez no sea necesario alargarnos sobre estas virtudes. Baste afirmar que es dentro de este contexto donde se presenta la doctrina de la custodia del corazón. Es ante todo una ascesis en vista del fin al que hemos aludido: la unión con Dios o, según San Gregorio Magno, la contemplación de Dios. Porque, según él, el corazón “ve”, “escucha”, “experimenta”. Pero para que esto acontezca y pueda sentir la gran paz y el “jubilus” o “exultatio” de Dios, el hombre debe renunciar a cualquier afición humana, alimentando una “humilde estima de sí y hábitos simples” (Hesiquio, Sec. V). En la medida en que sea capaz de renunciar, será también capaz de purificarse, y en esta purificación todo será puro. Un eco de ello es lo que dice San Agustín: “¡Ama y haz lo que quieras!”.

Los Maestros espirituales hablan frecuentemente sobre la mortificación de las pasiones, de los vicios, de las perturbaciones nacidas de las tres concupiscencias clásicas: la de los ojos (vanidad), la de la carne (placer) y la de la soberbia de la vida (poder y autoendiosamiento). La presencia obsesiva de estas realidades torna imposible cualquier intento de oración contemplativa, fruto eminente de la unión con Dios. Esta oración es para ellos el verdadero termómetro de la vida espiritual. Quien no consigue entregarse a ella, todavía se encuentra demasiado perturbado espiritualmente para gozar de la presencia de Dios. Por eso la custodia del corazón está siempre ligada a la oración. Ella debe ser ejercida como presupuesto para que la oración pueda ser la mejor expresión religiosa de la vida.

Pero la custodia del corazón exige también respeto al mandamiento nuevo. Dicen los Maestros que tampoco es posible rezar cuando en nuestro mundo hay choques con la caridad fraterna. Uno de los apotegmas de los Padres del Desierto dice: “Ten cuidado de no irritarte con tu hermano, pues esta irritación será un obstáculo para ti a la hora de la oración”.

Resumiendo, la doctrina de la custodia del corazón insiste en la necesidad de purificar los ardores del corazón y de serenar sus impulsos. Su objetivo –dice B. Marchetti-Salvatori– “es evitar todo pecado y desorden y así alcanzar la pureza del corazón, el estado de ausencia total de desorden íntimo y el estado de profundo recogimiento habitual, atmósfera necesaria para una vida de oración especialmente contemplativa”. Todo esto es buscado y su dinámica es aceptada exclusivamente a causa de Dios, único, supremo y definitivo Bien.